

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Los Misterios de la vida de Cristo
<i>Michel Dupuy</i>	5	Los Misterios de Jesús
<i>Christian Schütz</i>	15	Los Misterios de la vida de Jesús como prisma de la fe
<i>Martín Bieler</i>	27	Los Misterios de la vida pública de Jesús, etapas en el camino a la cruz
<i>Charles Perrot</i>	41	Investigaciones acerca de Jesús de Nazaret
<i>Régis Burnet</i>	55	Una visión radical del Jesús histórico, el <i>Jesus Seminar</i>
<i>Lucio Florio</i>	61	Rostro de Cristo y caras humanas
<i>Anita Bertoldi</i>	75	Ferdinand Ebner, Filósofo del Encuentro. <i>El cuerpo "verbal" y la dirección del encuentro</i>
<i>Carlos Hoevel</i>	83	Antonio Rosmini: un filósofo para el siglo XX

Rostro de Cristo y caras humanas

*Lucio Florio**

“El hombre es el rostro humano de Dios”
(S. Gregorio de Nyssa, *In Psalmos*, PG 44, 446BC)

El rostro de Cristo ha sido siempre un polo de atracción en la historia del arte y de la teología. Siglos de arte cristiano muestran que los creyentes han intentado traducir iconográficamente su imaginación acerca de los rasgos de su Señor. Prolongando la respuesta del mismo Jesús a Felipe: “El que me ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14,9), los cristianos no han renunciado en todos estos siglos al intento de configuración de una estética del semblante de Jesucristo. La disputa iconoclasta en el mundo griego logró formular conceptualmente la legitimidad de dicha empresa: los íconos orientales tradujeron este deseo figurativo transfigurado en una espiritualidad y una teología integradora del mundo sensible¹. También lo hizo, a su modo, el arte occidental, aunque quizás sin la necesaria subordinación a una disciplina espiritual y a una lógica iconográfica que sustentase tal aventura, siempre amenazada por el riesgo del grotesco o de la blasfemia. De todos modos, una maravillosa galería de rostros de los más diversos aspectos conforma una historia de la figura de Jesús que ha alimentado la contemplación de muchas generaciones cristianas.

* Sacerdote, La Plata, Profesor en el Seminario Arquidiocesano, en la Universidad Católica y en otros institutos. Director adjunto de *Communio*.

¹ Cfr. SCHÖNBORN, CHRISTOPH, *L'icône du Crist. Fondements théologiques élaborés entre le Ier et le IIe Concile de Nicée (325-787)*, Ed. Universitaires, Fribourg 1976.

El tema adquiere actualidad, al menos por dos motivos. Uno de ellos proviene del cine, género artístico que con sus vidas de Jesucristo ha impactado por presentar no ya simplemente una figuración estática de Jesucristo, sino una visualización dinámica, interpretada por un actor de carne y hueso. Ciertamente ya existía el teatro, y sobre todo los auto-sacramentales y las innumerables representaciones realizadas en las comunidades esparcidas por todo el planeta. Pero el cine agregó la dosis de realismo brindada por escenografías o incluso los lugares naturales de las historias evangélicas. Naturalmente, este fenómeno prolongó aquella tendencia siempre presente en la historia del arte cristiano a mostrar un Jesús con los rasgos de la cultura dominante: los Mesías de “Rey de reyes”, “Jesús de Nazaret” o de la más reciente “Jesús” y películas del estilo son, generalmente, rubios y de ojos claros, a pesar de todos los datos que hacen suponer que eso es prácticamente imposible. El otro motivo de reaparición del tema es de índole científico: a partir de estudios sobre la “Sábana Santa” de Turín, se ha armado una imagen del hombre que habría sido revestida por la misma. Hace pocos meses apareció tal imagen en los diarios, generando la desilusión de muchos que imaginaban un rostro al menos más hermoso que el presentado por esta muy hipotética imagen.

Hay que agregar un tercer hecho, al menos en el ámbito católico: la opción metodológica de *Novo Millenio Ineunte* de Juan Pablo II, que utiliza como leit-motiv imaginativo el del rostro de Jesús, proponiendo entrar al tercer milenio contemplando la faz del Señor. Se trata, pues, de una invitación a articular una estética teológica desde el semblante de Cristo: a focalizar la contemplación hacia ese centro figurativo y, además, a mantener la tensión imaginativa y estética sobre tal núcleo de percepción².

² El tema del *rostro* aparece reiteradamente en *NMI*. El rostro del Esposo y Señor de Iglesia constituye su alegría (1). Ese rostro fue contemplado por los primeros testigos; los evangelios reportan un informe del cual emerge, para todas las generaciones, “un rostro del Nazareno con

1. El misterio del rostro humano

La percepción de la figura humana se concentra, casi de modo natural, sobre su cara, focalizándose casi espontáneamente –como una lente fotográfica automática– sobre el fulgor de los ojos. Es una especie de atracción polar: los ojos buscan los ojos y aquello que lo circunda, como marco, también él mismo impregnado de un lenguaje expresivo. El rostro, por su parte, se presenta con las características del lenguaje unívoco y no análogo: manifiesta la originalidad del “quien” portador. En este sentido, se puede decir que es hermeneuta de la persona en cuanto tal. Lo es no desde el lenguaje abstracto, sino desde el destello de una figura visual. De esta manera, y dicho con una metáfora de raigambre náutica: el rostro aparece como la proa de la persona³.

La multiplicidad maravillosa de caras humanas, cada una de ellas absolutamente inédita, hace evidente la singularidad de cada uno de los seres humanos que pueblan este planeta. En cierto modo, es una demostración de la originalidad de la persona humana. El mosaico de caras distintas que aparece a un caminante distraído por una

un fundamento histórico seguro”(18). Los rasgos de la cara de Cristo, tanto los ensangrentados del crucificado (28) como los serenos y gozosos del resucitado constituyen el término de la percepción de la Iglesia de todos los tiempos; más aún, en este rostro ella “contempla su tesoro y su alegría” (28). Se trata de una mirada física, puesto que el Verbo se ha hecho carne (5; 21), pero la trasciende, mediante los ojos de la fe, franqueando así “el misterio de aquel rostro” (21). La expresiva cara del Señor reenvía al observador atento hacia el triple rostro de Dios: contemplar a Cristo es contemplar al Padre y al Espíritu (5; cfr. 23). Pero también, como un paradójico espejo, la figura del rostro de Jesús permite mirar y entender más profundamente al mismo hombre: “Cristo nos revela también el auténtico rostro del hombre” (23). Por otra parte, el rostro de Jesucristo sigue presente en el rostro de los pobres, conforme a la advertencia reportada por Mt 25, 35-36 (49). Además, la maravillosa pluralidad de la Iglesia visibiliza la faz del Señor, constituyendo un “rostro pluriforme”, que por otro lado es un ícono apenas esbozado del futuro que el Espíritu de Dios nos prepara” (40). Finalmente, habrá una contemplación definitiva de la faz de Cristo; habrá que estar preparados, pues, “para reconocer su rostro” (59).

³ La imagen es de Julián Marías (*Mapa del mundo personal*, Alianza Editorial, Madrid 1994, 2da., p. 19): “El rostro es la proa, la fachada, la delantera de la corporeidad”.

calle de cualquier ciudad es casi una comprobación plástica de la unicidad de cada criatura humana.

Desde el punto de vista biológico, cada rostro es el punto terminal de un largo proceso genético y evolutivo. Millones de variaciones producidas en la prehistoria y en la historia, codificadas en el material genético, confluyen en el aspecto de cada uno⁴. Los actuales estudios sobre genética están sacando a luz la increíble pluralidad de combinaciones posibles, así como el rol del azar en el proceso que culmina en tal o cual imagen. Naturalmente, todo esto era ya intuido mediante la experiencia de combinaciones raciales y la básica referencia al parecido de familias maternas o paternas. La novedad estriba en la posibilidad de detectar los códigos que explican la determinación de los aspectos concretos de hombres y mujeres.

Sean cuales fueren las conclusiones y aplicaciones a las que arriben las investigaciones en este campo, resulta difícil que pueda llegarse a una efectiva programación fisonómica de los futuros seres humanos. Al menos para una antropología que sostenga la existencia de un principio espiritual no reductible a la corporeidad en el ser humano, la manipulación genética parece destinada a encontrar el límite de la fragua última de la corporeidad –incluso en su forma más racional, como la genética, condensación de material informativo–, que ha sido designado como “alma” en la tradición cristiana, heredera de la antropología hebrea y griega. En otras palabras: el último toque distintivo del rostro humano será siempre aportado por el principio espiritual.

⁴ Para los biólogos, el “fenotipo” consiste en los atributos manifiestos de un organismo, la conjunción de sus genes y el medio ambiente durante la ontogenia (el proceso de desarrollo individual, que algunos extienden hasta la adultez del sujeto). (DAWKINS, RICHARD, *The extended phenotype. The long reach of the gene*, Oxford University Press, Oxford, 1999 –reedición revisada–, 299). El rostro, pues, es parte del fenotipo. Si se admite la versión ampliada del conocido biólogo, éste se extiende hasta el rostro humano adulto, incluso, hasta su configuración por medios tecnológicos.

En esta línea de reflexión, hay que añadir que la fisonomía —como la corporeidad en la que se sustenta— sufre ella misma una transformación temporal. A nadie se le escapa, obviamente, que el rostro de un bebe no es el del mismo ser en su adultez o ancianidad. Respondiendo a un proceso de crecimiento y envejecimiento biológico, la faz humana varía en el tiempo. A este proceso natural e inevitable, se le agrega un otro menos visible, dependiente de factores no biológicos, sino anímicos. En efecto, el ser humano va viendo modificarse su aspecto a raíz también tanto de sus experiencias históricas como de los proyectos e ilusiones que va forjando. No es sólo la genética, ni siquiera el alma personal en sí misma lo único que da contornos a una cara humana. También los gustos, los amores, las opciones vitales, la experiencia en cuanto tejido de alegrías y sufrimientos, van diseñando el terreno facial. Si distinguimos aquellos acontecimientos que son fruto del azar de la vida de aquellos otros que han tenido origen en las elecciones de la persona, es posible determinar lo que pone el sujeto en su propia imagen exterior. La antigua idea agustiniana de que el alma está más en lo que ama que en lo que anima⁵ coincide con las teorías psicológicas de la constitución de la personalidad en función de un determinado valor. Los objetos de amor, de elección, de orientación libre de cada sujeto, van delineando el carácter de su alma y, consiguientemente, van alterando hacia un lado concreto su configuración facial. Baste un ejemplo de lo dicho hasta aquí: el rostro de la Madre Teresa de Calcuta, atravesado de arrugas, dejaba traslucir una belleza coexistente con rasgos no necesariamente atractivos. Por contraposición, las caras propuestas a través de los medios de comunicación como modelos de belleza humana no siempre están acompañados por el fulgor de la mirada sino que, más bien, ofrecen la opacidad de lo vano e intrascendente.

⁵ San Juan de la Cruz retoma esa idea: "...el alma más vive en lo que ama que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida, antes ella la da al cuerpo, y ella en lo que ama vive" (Cántico Espiritual", 8, 3).

Una última reflexión, en vistas a la tecnología en desarrollo orientada hacia la estética y que inevitablemente llevará hacia una poco imaginable modificación del rostro humano. Probablemente se pueda decir, a la luz de nuestra experiencia actual y del principio de animación del cuerpo y de plasmación a través de sus opciones interiores, que de todos modos habrá de permanecer un núcleo inalterable, incluso en el ámbito de mera apariencia. Dicho de otro modo: puesto que el rostro humano no es pura genética ni textura física, sino también alma y amor, resulta poco profético aventurar que el último factor de configuración facial no podrá ser diluido. En ese sentido, a pesar de las mutaciones cada vez mayores, el rostro será siempre signo de su interior y sus ojos no dejarán de ser una misteriosa doble ventana hacia el alma.

2. El arte y la filosofía en cuanto expresiones de lo que se esconde tras la fisonomía

La reflexión filosófica de la modernidad y sus prolongaciones en nuestro tiempo ha echado un manto sombrío sobre el misterio del rostro y, en particular, sobre la mirada humana. Esto se hace nítido en las oscuras tonalidades de un Sartre (mirar es violentar), o de un Foucault (ser mirado es ser controlado, tal como lo detecta en el análisis del sistema panóptico). También lo es, naturalmente, en un Kafka, con su pluralidad de seres vigilados en forma anónima (*El proceso*), o familiar (*Metamorfosis*); o en un Sábato, con sus ciegos que recorren Buenos Aires (*Sobre héroes y tumbas*). En todos estos casos se sospecha de la mirada y sobre la inocencia de las caras humanas. Otros géneros artísticos también han presentado una umbría fenomenología del rostro humano. La pintura de Goya preanuncia una época de rostros distorsionados y trágicos⁶. “Los comedores de

⁶ En su reflexión sobre el Goya, Ortega y Gasset da cuenta del método oblicuo practicado por el genial pintor español: “Los objetos que interpreta –cosas o personas– no le interesan con

papas” de Van Gogh coloca oscuras miradas en un oscuro marco, por no hablar de sus varios autorretratos, que traslucen una dolorosa comprensión de sí mismo⁷. Quien haya leído a Dostoiesky o a Camus habrá tenido que componer imaginativamente los contornos fisonómicos de los torturados personajes de *Crimen y castigo* o *La peste*.

Es cierto que también han surgido discursos menos pesimistas sobre el sentido metafísico de lo facial. Baste mencionar a Levinás, quien ha planteado una reflexión filosófica –aunque teológicamente sugerente– sobre el rostro humano⁸. Narradores como Graham Greene o García Márquez presentan descripciones fisonómicas notables, alternando algunas de profunda espesura interior con otras reveladores del vacío o tragedia de la existencia. También la pintura ha dado pie a una verdadera antropología visual: los regordetes rasgos de las figuras de Botero, los toscos gestos de los marinos de Quinquela Martín, las caricaturas de Molina Campos, para mencionar unos pocos, han puesto en nuestro imaginario colectivo una cierta concepción del ser humano a partir de un particular reflejo de su unicidad.

ningún interés directo, inmediato que revele el menor calor humano irradiando hacia ellos. Se los ha puesto delante y se limita a interpretarlos según su manera, unos con cuidado, otros con atroz descuido. En los cuadros que pintó motu proprio –casa de locos, disciplinantes, mascaradas, degollaciones, fusilamientos, naufragios, pánicos– su interés es oblicuo. Los pinta precisamente porque son temas humanamente negativos” (*Goya*, Revista de Occidente, Madrid 1958, 23). Esta oblicuidad sería el motivo por el que sus caras sean más bien máscaras, y logre así un acceso a lo real distinto y más profundo que el de la mera copia.

⁷ Cfr. BONAFUOX, PASCAL, *Van Gogh. The Passionate Eye*, Harry N. Abrams, New York 1992, con las reproducciones de los diversos autorretratos del pintor que muestran cómo fue percibiendo su propia imagen a lo largo del tiempo. También incluye la pintura de la iglesia de Pew con los feligreses (1882): “los rostros de los creyentes, a quienes Van Gogh había querido predicar, se convirtieron en sus modelos”, (p. 60); puesto que no fue admitido como pastor, terminó pintando las caras de sus imposibles feligreses

⁸ Cfr.: SUDAR, PABLO, *El rostro del pobre*. Más allá del ser y del tiempo, edic. de la Facultad de Teología de la U.C.A., Bs. As. 1981; FORTE, BRUNO, *In ascolto dell'Altro*. Filosofia e rivelazione, Morcelliana, Brescia 1995, 131-150.

Otros géneros recientes han hecho aportes extraordinarios. La fotografía ha brindado la posibilidad de reflejar la diversidad facial instantáneamente, mientras se producen las situaciones, componiendo así una prodigiosa captación casi simultánea de la asombrosa variedad de “figuras” que existen en el universo humano. Por supuesto, el panorama multifacial es heterogéneo: rostros sufrientes y rostros pacíficos o gozosos. Por su parte, el cine ha presentado una maravillosa policromía de caras humanas: tenebrosas, vacías o tristes, mullas de ellas; otras tantas, cargadas de la intensidad y originalidad humanas, sobre todo la de los seres cotidianos y aparentemente vulgares. Fellini puede ser un símbolo del aporte del cine a la fenomenología de la faz humana.

3. Significado teológico del rostro⁹

La teología cristiana ha conocido interesantes reflexiones sobre el rostro humano, de las que menciono sólo algunas.

Tertuliano propuso una comprensión de la persona con una marcada referencia al rostro. Para él, persona es el individuo particular, al cual se dirige alguien o al cual esta referida alguna cosa; aquel que es captado en el “personaje” que se ofrece a la mirada y al juicio de otros, puede ser identificado por múltiples signos distintivos y posee una “personalidad” reconocible, moral y civil¹⁰. La apariencia externa es capital para Tertuliano, pero escapa de la trampa modalista precisamente afirmando la existencia de la cual la aparien-

⁹ Fernando Boasso en “El rostro descubierto. Reflexión sobre el misterio del hombre” (Guadalupe, Bs. As., 1981), aunque no explota la imagen que le da nombre al libro, despliega la temática del misterio humano y su iluminación cristológica.

¹⁰ Cfr. MILANO, ANDREA, *Persona in teologia*, Dehoniane, Napoli, 1984, 88ss. Para Tertuliano, persona designaría “el ser subsistente percibido en el aparecer distintivo que él da a si mismo oponiéndose a los otros” (Moingt, *Théologie trinitaire de Tertullien*, II, 627).

cia es prueba. La persona no es un mero rol o personaje, sino un único que se presenta como tal a través del fenómeno de su presencia sensible. Subyace aquí el tema de la máscara y su misteriosa y difícil historia de conexión con la idea de persona. Es muy conocida la reticencia de san Agustín por denominar “persona” a los tres divinos. De todos modos, hay que subrayar que este conflictivo proceso no hizo sino vincular –en la diferenciación– el tema del rostro –del que la máscara es ocultamiento y substitución– con el del “quien” en el cual éste se apoya. En otras palabras: rostro y máscara son revelación o escondimiento de la persona.

Al inicio de la edad moderna, Nicolás de Cusa señalaba que los rostros humanos se sustentan en el definitivo rostro divino. Para el cusano, la visión de Dios coincide con su providencia; por medio de ella, Dios ama, causa; lee y posee toda la realidad¹¹. En una hermosa oración, le pide a Dios tener su misma capacidad de lectura de la realidad.

“Enséñame, Señor, cómo con un vistazo tú puedes captar todas las cosas, en su conjunto y en su particularidad. Cuando abro un libro para leerlo, veo de manera confusa toda la página; pero, si quiero percibir las letras individuales, las sílabas, las palabras, debo orientarme singularmente a cada una de ellas, una después de otra; no puedo leer más que en modo sucesivo, letra tras letra, palabra por palabra, paso tras paso. Tú, en cambio, Señor, ves simultáneamente toda la página y lees todo sino intervalo de tiempo. (...) Tu mirada es tu misma lectura”¹².

¹¹*De visione Dei*, en *Scritti filosofici*, a cura di GIOVANNI SANTINELLO, vol. II, Bologna 1980, 280ss.

¹²*Op. cit.*, 290 (trad. nuestra).

Para Cusa, la visión de Dios es escrutadora de lo humano, pero fundamentalmente es salvadora: “tu visión vivifica a todo espíritu”¹³.

En el siglo pasado, hay varios aportes interesantes sobre el tema. Max Picard pone en conexión la contemplación de un rostro humano con la de la faz divina¹⁴. Olivier Clément, desde su teología inspirada en la tradición ortodoxa afirma: “Dios se ha revelado en un rostro cuya luz se multiplica, de generación en generación, en humildes rostros transfigurados”¹⁵.

4. El misterio del rostro de Cristo

Las dos genealogías de Jesús que nos han llegado (Mt 1,1-17 y Lc 3,23-28) lo conectan ya con Abraham ya con Adán: Jesús de Nazaret fue considerado bien judío y bien humano. Este dato nos pone medianamente a resguardo de cualquier espiritualización exagerada acerca de su rostro, el cual ha debido ser de tez oscurecida y de rasgos semitas. Supuesto esto, hay que avanzar hacia algo más profundo que la determinación fisonómica concreta de Jesús de Nazaret, y que no es otra cosa que su ser referencia visible del rostro paterno.

Ahora bien, si es cierto que la fisonomía humana está “confeccionada” por una innumerable convergencia de factores genéticos y, ya en vida del sujeto, de diversos impactos ambientales o físicos, no lo es menos que su más profunda composición “gestáltica” o figu-

¹³ Cfr. *op. cit.*, 292.

¹⁴ “...el hombre no osa mirar sin temblar un rostro, pues éste está ahí antes que nada para ser mirado por Dios. Mirar un rostro humano es como querer controlar a Dios... Únicamente en la atmósfera del amor puede un semblante humano conservarse tal como Dios lo creó, como su imagen. Si no está rodeado de amor, el rostro humano se coagula y el hombre que lo observa tiene entonces ante sí, en lugar del verdadero rostro, su materia solamente, lo que está sin vida, y todo lo que él enuncia a propósito de este rostro es falso” (*Le Visage humaine*, Paris 1962; cit. en voz “faz” de JEAN CHEVALIER-ALAIN GHEERBRANT, *Diccionario de los Símbolos*, Herder, Barcelona 1995 (5ta.) 495.

¹⁵ *Ibidem*.

rativa proviene del principio de animación, el alma, la cual es siempre original. El alma confiere el último brillo a un rostro, le proporciona su luminosidad propia, su resplandor original, particularmente en los ojos –no casualmente denominados “ventanas del alma” en la tradición literaria y popular–. En el caso de Jesucristo, a pesar de tener una alma humana completa, su última raíz ontológica se halla en la persona del Hijo, de condición divina. De modo que su determinación figurativa definitiva está en la divinidad y en su entidad filial. En otras palabras: lo que vieron los contemporáneos de Jesús y lo que nosotros imaginamos en nuestra mirada de fe es una imagen facial humana traspasada por la realidad personal del Hijo de Dios. En sus ojos y en sus gestos, estaba presente el Verbo que los sustentaba. En Cristo, el amor estaba orientado hacia el Padre. Por consiguiente, la afirmación de que quien lo veía estaba en realidad viendo al Padre adquiere el sustento de la transformación operada por el amor en el interior y en el exterior de Jesucristo.

El rostro de Cristo, enigmático en lo que hace a sus rasgos concretos, representa aquello que el hombre ha de observar como lo más definitivo. La pluralidad fenoménica que compone su horizonte visual a lo largo de su existencia no termina de encontrar un punto de convergencia absoluto, una imagen que merezca ser albergada sin ninguna reserva.

5. El misterio del rostro humano a la luz del rostro del Verbo encarnado¹⁶

Si los rostros humanos –y en especial algunos de ellos– son referentes existenciales para el hombre, de tal manera que sin ellos presentes –o sin su memoria– se pierde el rumbo y se experimenta el habitar en el mundo como una caída en la intemperie, el rostro de

¹⁶ Cfr. GS 22; NMI 23.

Cristo opera como oferta perceptiva de calidez en el hábitat cósmico e histórico. Si es cierto también que la mirada de los que nos contemplan con cariño nos conforta en el ser —dando una impensada lógica al “ser y ser percibidos es lo mismo” (Berkeley) y dando vuelta al axioma de que la mirada de los otros nos violenta y nos sojuzga (Sartre y Foucault), cierta para el caso de la visión perversa— esto adquiere mayor densidad delante de la visión de unos ojos cuya anclaje último se encuentra en la relacionalidad intratrinitaria, en la que el Hijo se siente eternamente sostenido en el ser desde el Padre-fuente y garantizado en el amor por el Espíritu. El estar “cara a cara” con Jesucristo significa, pues, una especie de ingreso en la circularidad abismal y amorosa del Dios trinitario, a través de las misteriosas ventanas de sus ojos y de la expresividad de sus gestos¹⁷.

Sin embargo, la cuestión del rostro de Cristo quedaría trunca si no incluyéramos la temática tan explícitamente detallada por los evangelios sinópticos de su presencia en el resto de su cuerpo y, especialmente, en los pobres. Según Mt 25, 31-46, el juicio final versará básicamente sobre una cuestión de identificación del rostro de Cristo entre la multitud de hombres y mujeres sufrientes: “¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, preso.....? ¿Cuándo te identificamos entre la muchedumbre?” La diferencia entre los justificados y los réprobos pasará por una cuestión de identificación activa: “te vimos, te descubrimos, y te asistimos”; o, por el contrario: “no lo hicimos”. El rostro de Cristo entremezclado entre los rostros más humildes resulta clave para la decisión concreta de ingresar o no en una contemplación eterna de la faz del Cordero inmolado y reinante junto al Padre¹⁸.

¹⁷ Probablemente, los íconos orientales sean los que han logrado graficar mejor los ojos humana y divinamente trascendentes y cercanos. Cfr. EVDOKIMOV, PAVEL N., *Teología della bellezza. L'arte dell'icona*, Paoline, Roma 1984.

¹⁸ Resulta interesante recordar la actualización del tema que se formulara en el documento de la Conferencia Episcopal latinoamericana de Puebla (1978), el que habla de los “rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela”, para posteriormente hacer un elenco de ellos.

Conclusión

El acceso a través del rostro parece responder a la actual situación cultural “postmoderna”, caracterizada por una crisis del pensamiento racional puro y una fragmentación perceptiva y que, por otra parte, confiere una fundamental importancia a lo personal, del que la faz humana se manifiesta como puerta de entrada. En el universo icónico que urden anárquicamente los medios tecnológicos de comunicación, el nuevo “homo videns” parece mantener viva la necesidad de focalizar su mirada en algo de contornos personales y de densidad permanente que contraste con la galaxia semiótica, anónima y efímera, fascinante en su apertura hacia nuevos mundos, pero desilusionante en lo que hace a la semántica de lo absoluto.

La búsqueda de los auténticos contornos faciales de Jesucristo –probablemente destinada al fracaso– no hace sino poner de relieve la imperiosa investigación por aquello que es definitivo para el hombre. Lo personal busca lo personal y no se resigna a sucedáneos artificiales. La mirada humana, incluso potenciada tecnológicamente, parece necesitar de este contorno facial que no solamente le abra el horizonte de lo más absoluto sino que también le permita dilucidar el misterio de los rostros más vecinos y familiares, incluido el propio, los que de lo contrario permanecerían como máscaras de un actor no identificable.

El rostro de Cristo es un enigma en el sentido científico: no sabemos exactamente cómo era. Es también un misterio en el sentido teológico, en tanto sacramento del Dios invisible, puerta de acceso al rostro del Padre, del Logos eterno y del Espíritu del amor ilimitado. Es, finalmente, el hermeneuta sensible del rostro humano, el único referente visual que “desenmascara” la persona humana, adentrándola en el misterio de su singularidad última¹⁹.

¹⁹ Cfr. VON BALTHASAR, HANS URS, *Teodramática*, 1. Prolegómenos, Encuentro, Madrid, 1990, espec. III. Transición: Del papel a la la misión, 465ss.